

Carta a José Emilio Pacheco

ALINE PETTERSSON

Ciudad de México a 13 de mayo de 1997

De lo perdido ¿qué aparece?

La sombra

en la imaginación que desfigura el recuerdo.

José Emilio Pacheco: *La sombra* (fragmento)

Estás seguro, José Emilio? Y te lo menciono porque he vuelto a leer tu bello libro *Batallas en el desierto*. Y me atrevo a decirte que la novela es casi un mentís a estos versos. Creo que tu recuerdo de una época —que en el tiempo tú y yo compartimos— se acerca mucho al mío y al de quienes la vivieron.

No hablo, desde luego, de la anécdota, que supongo será una combinación de hechos posibles e imaginación. ¿Pero qué otra cosa es el material de los libros? Sin embargo, pese a no haber yo conocido a Jim (y quizá ni tú), presencié historias de ese tipo. No, no me refiero a lo más puntual, sino a la perspectiva que aquel tiempo ofrece al escritor para que la historia se desarrolle tal y como tú la relatas. Aunque la buena pluma no es privilegio de todos.

Quisiera decirte tantas cosas, y no sé cómo hacerlo para no atrabancarme. Por lo pronto, me detengo en la manera en que fuiste encarnando la escritura. Tan pocas páginas para tan amplio registro. Y es que *Batallas en el desierto* apela a todos los sentidos. Bueno, me dirás, ¿no es así como aprehendemos al mundo? Pero el caso es que aquí has prescindido de los adornos que suelen apuntalar muchas descripciones. Escribes, y así extiendes frente a nuestros ojos los elementos urbanos, las costumbres públicas y privadas, el habla cotidiana, el lento tránsito del tiempo sin necesi-

dad de enfatizar lo que tan naturalmente cae en su sitio.

Construyes la ciudad —una región de la ciudad— de los años de tu niñez, de la mía. Tu libro hace las veces de una pequeña gran *magdalena* que revive una época sin que necesariamente a nuestro parecer todo tiempo pasado fue[ra] mejor.

Tendría que matizar mi comentario —que no la cita—, en primer lugar porque el momento actual y nuestra ciudad tienen más de un tinte ominoso. Además, porque la evocación de la infancia nos hace añorar los años idos, con su ilusión de un futuro pleno, y la certeza de que el mundo no tenía frontera que no fuera posible cruzar. Los viajes de Verne y Salgari se perfilaban no sólo en los libros sino en la realidad de esos niños, del niño Carlos y, claro, del niño José Emilio.

¿Y qué hace la novela? Pues lo que hace —y tan bien— es desplegar la vida de barrio, de un barrio del que tú escribes al final de la narración: “...demolieron mi casa, demolieron la colonia Roma. Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años”. Así de irremediable se veía la desaparición de la Roma cuando tú te empeñaste en retenerla a través de la escritura. Porque ignorabas, entonces, que azarosamente iría a renacer de sus cenizas, lo que persistió, claro, lo que a punto de derrumbarse aún se mantenía en pie. Aunque ni barrio ni ciudad ni país son aquéllos. Y después dices: “de ese horror quién puede tener nostalgia”. Así sería al momento de elaborar tu libro, ahora no estoy tan segura de que este nuevo horror no sea mucho más terrible.

Si bien es cierto que *Batallas* se centra en un rumbo concreto, no lo es menos que el rumbo no se refiere sólo a lo topográfico, sino a los derroteros de la vida familiar, social, política de los años cincuentas en algunos núcleos poblacionales. Es una mirada minuciosa sobre las costumbres en boga entonces, encandiladas por el cardillo de la modernidad. Mirada sobre las ansias de ingreso triunfal al mundo, que entonces no se llamaba *primer*. La presencia de la Revolución aún estaba próxima. Aún vivía gente que tomó parte en ella y que era conocida o hasta pariente nuestra. Aún no se petrificaba —el nombre— en la retórica de un discurso vacío.

Quiero decirte que por muchas razones (entre ellas, mi propio placer) he releído varias veces tu libro. Y siempre acabo maravillada de la capacidad de síntesis del texto, que yo no logro hacer mía para comentarlo. Porque, ¿qué destacar? Por ejemplo, que la enumeración de canciones, programas de radio y televisión, marcas de coches, artistas, leyendas como la del “Hombre del costal”, el tranvía *Primavera*, la tonadilla publicitaria “*Ace lavando y yo descansando*”, los ríos sin entubar, las revistas *Vea* y *Hoy*, el peluquero que no alcanzaba el rango de *estética unisex*, la esquina de *Mabe*, Hugo Wast y M. Delly sitúan al lector en ese tiempo ido en el que deambulaban los niños y sus papás.

Y si quien vivió aquella época, en esas páginas la ve surgir de nuevo, quien nació después, encuentra la descripción de los tonos peculiares de la capital, que pretendía entrar por la puerta grande a los tiempos *aerodinámicos* tan cantados entonces. En tu libro se descubren los gérmenes que nos han transportado hasta el momento actual. Pero, acaso también en ese entonces, se dejaban sentir ciertos rasgos de buena fe hacia el futuro, fe que hoy casi hemos perdido. Porque resulta que la ambigüedad de *germen* puede leerse como el inicio, pero, asimismo, como el agente

de esa grave enfermedad endémica que nos abruma.

Ahí, en el texto, se reproducen los modos de aquella vida, pero, con la misma relevancia seductora, se desarrolla la historia de Carlos y quienes lo rodearon. Hay un delicado equilibrio entre los datos generales y la anécdota. La historia de aquel tiempo y de aquel niño van tan entrañablemente enlazadas que le permiten al libro brillar con cada lectura. Tal vez se deba a que evitaste los excesos, porque es muy fácil engolosinarse recordando, hasta hacer que el relato sucumba a una enumeración excesiva.

Podría mencionarte, José Emilio, la manera en que reflejas el habla de entonces protegiéndola del poder devastador del tiempo. Está ahí presente, sí, pero ya que el libro no apuesta sólo a la reproducción de los dichos de época, el tono ofrece un mejor eco. No se afina en el desgaste que aleja la comprensión, ya que los diálogos no son directos. Se elaboran a partir de la conciencia del narrador, que recuerda ciertos matices, muchos años después. Así, dichos registros pueden alcanzar al lector, aunque éste no los haya escuchado.

¿Cómo hiciste para no traicionar el tono de lo privado dando cuenta de lo público? Porque claro está que para que la historia tuviera sentido, era necesario hablar de los clichés de esa década. Y tú nos dices quién gobernaba al país, sabemos (o recordamos) de los pistoleros, de los *Packards* negros, de las casas chicas. Sabemos, también, de lo fácil que era recorrer las calles sin más temor que el de las “abnegadas” madres que tomaban muy en serio su cristiana preocupación por los hijos. Más una cuestión de costumbres que no el miedo real de hoy.

Ahora que el despertar sexual del niño no pierde nada de su vigencia. Finalmente, cada quien vive siempre por primera vez sus tanteos de aproximación al mundo adulto, por muy globalizado que éste se le ofrezca. ¡Qué maravilla! la posibilidad de ser un descubrir de sí mismo, del otro. Y *Batallas en el desierto* reproduce el ansia de conocimiento, el remolino de las sensaciones y los deseos. Yo recuerdo —pero era labor de las niñas— los ál-

bumes de fotografías de los actores depositarios del deseo incipiente. Mariana fue ese lejano personaje de película extranjera que se hizo presente en la vida cotidiana del niño Carlos. ¿Cómo no sucumbir con él a aquella presencia “tan joven, tan elegante y sobre todo tan hermosa”? ¿Cómo no apropiarse el lector de esa púber mirada estremecida?

Y si la familia suele ser vista como la célula matriz de la sociedad, en la familia del personaje están presentes los vicios y virtudes de aquellos años. Y si el padre de Jim tenía una querida joven y hermosa, el padre de Carlos también obedecía los mismos cánones. En su pequeña medida reproducía las actitudes del político encumbrado. Quizá esa otra mujer (la amante del padre) no tuviera el atractivo forastero de la mujer del poderoso. Pero el asunto era el mismo, qué duda cabe.

Es obvio que recuerdas que tu libro se publicó en 1981; entonces aún no se veía —con la claridad que tú lo señalaste ahí— el proceso creciente de pérdida de nuestras formas de vida. Pero la ruina del padre de Carlos a consecuencia de la invasión de los novedosos productos extranjeros, echó por tierra la fábrica de jabones. ¡Qué ironía!, los productos de limpieza llegaron a ensuciar las posibilidades económicas de la familia del dueño y la de todos sus empleados. Y vaya que puede leerse como una metáfora de amplio registro.

Mientras Carlos se enamoraba de Mariana, los adultos se hacían conscientes de la carrera desbocada —que entonces se cimentaría— de abusos y latrocinios de la clase gobernante. *El mal necesario* que nos iba a conducir a la bonanza. Allí los políticos, mientras nosotros tengamos las puertas abiertas para nuestro trabajo honrado. Allí ellos y su conciencia, nosotros somos católicos, ellos masones. No hay peligro. Y así se resbala en los lodos de la corrupción, bajo la doble o triple escala moral. También se ingresa a nuevas formas de pensamiento para encarar las cosas.

Y tú, José Emilio, narras cómo ya no se deja la salvación del alma y de la débil e inocente carne del niño Carlos únicamente al confesor. El pecador será llevado, también, a consulta con el especialista de la mente. Lo que la religión no alivie,

lo hará la psicología. Porque las mentes intentan asomarse timoratamente a las novedades que traen los aires.

Lo que es muy claro en tu libro es la distancia, la incompreensión, la *brecha generacional* que impiden al mundo de los adultos acercarse y entender los cambios y las explicaciones del niño. A entender, quizá también, los cambios que deben darse en un cuerpo social sano. Es siempre mucho más fácil satanizar, hasta culminar —en tu novela— con la muerte misma de Mariana. Porque a Mariana le fue negado por su protector el ejercicio de la palabra. Muere por decir lo que se sabe y debe callarse.

Acaso el sustrato de este relato sean los silencios, o más bien, el embozamiento de las palabras. Porque no es que no se hable, es sólo que no se dice. “En boca cerrada no entran moscas”, afirma el refrán y lo sostienen los pobladores del libro. Porque el borramiento en la memoria colectiva de Mariana es —de nuevo— la metáfora de la transformación de la historia. Claro, la pequeña historia de Mariana; pero, ¿qué me dice de la otra, de la historia oficial tan plagada de amnesias?

Aunque aquí, José Emilio, quisiera decirte que si bien es cierto que tu libro da qué pensar en cuanto a la vida pública, no es menos cierto que se yergue —enternecedora— la vida de este niño. Y porque el lector puede conmoverse con sus vicisitudes, es que su horizonte se expande para abarcar los otros registros de *Batallas en el desierto*.

Entonces, el desconcierto de Carlos ante un muy cercano pasado que se le derrumba, reverbera en quien lee estas páginas escritas a tantos años de distancia de los sucesos narrados. Ni ese niño, entonces, ni el escritor Pacheco, después, intuyeron el horrendo terremoto que debió haber terminado de derruir el edificio donde vivieron Jim y su madre y, luego, los nuevos y desmemoriados inquilinos. Aún faltaban muchas cosas por suceder en la colonia Roma, en la ciudad, en el país...

Pero, por alto que esté el cielo en el mundo, por hondo que sea el mar profundo, tu libro quedará como el bello testimonio de una época que la literatura pudo resguardar.

Salud. ♦